

Para siempre

Llovía. Había sido un día largo y tenía ganas de llegar a casa. Corrió, corrió para huir de esa estación llena de gente, de ruido y de calor. Calor, mucho calor pese a ser diciembre. Quedaban unos días para Navidad, una época horrible, al menos para ella. Un golpe la despertó de ese viaje mental, las puertas del metro se habían cerrado. Mierda –pensó.

4 minutos. 4 interminables minutos hasta la llegada del próximo vagón que la llevase a casa. Y es que nunca se había adaptado a vivir en Barcelona. Siempre pensó que sería feliz en la gran ciudad, pero no era así. No había conseguido encontrar su sitio en una jungla de asfalto en la que todo parecía ir a cámara rápida. Rápido, muy rápido.

Por fin, un agudo e insoportable pitido anunció la llegada del metro. Las puertas se abrieron y el vagón frente a ella empezó a expulsar viajeros, como si ese tubo metálico, que tanto odiaba, vomitase seres humanos sin parar. A la vez, se volvía a llenar con caras y cuerpos, perros y niños, vidas y almas. Almas que tan solo deseaban alejarse de la lluvia y de este frenético ritmo al que debían bailar.

Se sentía sola. Pese a estar rodeada de gente, estaba sola. Desde que abandonó el pueblo asqueada por una familia en la que nunca había encajado, no había conseguido quitarse ese sentimiento de encima.

Es verdad que los compañeros del trabajo eran muy simpáticos. Sobre todo Ricky, un joven abierto y extrovertido que incluso la había sacado de fiesta por la noche barcelonesa. Un joven con el que tenía cosas en común, aunque nunca se lo hubiese dicho. Ricky entendía lo que era nacer en el lugar equivocado. Ahora era feliz junto a Oriol, pero no siempre fue así. Nunca fue feliz mientras jugó a ser Rosa, una niña a la que le gustaban los camiones y

Autora: CAM

que prefería los pantalones a la falda. Una niña que nació niña por error, pese a que sus religiosos padres nunca lo entendieran.

La tos del hombre que tenía al lado la devolvió a la realidad. Una realidad en la que todavía le quedaban seis paradas para llegar a casa. Bueno, en realidad seis paradas y una larga caminata bajo la lluvia. Detestaba que todo estuviese tan lejos. En el pueblo no hacía falta transporte, podía caminar a todos lados. Entonces, en esa vuelta fugaz a la realidad del vagón abarrotado de gente, la vio. La vio por primera vez y, aunque entonces no lo sabía, esa sería la primera de muchas.

Sentada en uno de los asientos había una mujer de unos 70 años. Tenía el pelo blanco recogido en un moño perfectamente peinado. En la mano llevaba un paraguas y un pequeño bolso que agarraba con fuerza, como si dentro llevase el tesoro más grande jamás descubierto. Y es que ella lo había aprendido rápido, en el metro tenías que estar pendiente de tus cosas si no querías ser víctima de los ladrones.

La mujer parecía triste y sola. Sola como ella, como la mayoría en aquel vagón. Su mirada sin embargo se encendió al ver subir a un niño. La mujer cobró vida de repente y sonrió, haciendo las delicias de aquel pequeño torbellino de rizos rubios que bailaba y reía para conseguir llamar la atención. Su madre estaba demasiado ocupada con el teléfono, pero la anciana le siguió el juego.

Entonces, durante unos instantes, el vagón se vació y tan solo estaban ellos, la mujer mayor, el niño y ella que los observaba desde la distancia. Como si estuviese viendo una de esas películas mudas antiguas, el niño se movía al son de una música imaginaria y la anciana le animaba moviendo los brazos al mismo compás. La mujer abrió el bolso que con tanto afán protegía y, de él, sacó un gran tesoro, o al menos eso le pareció a ese pequeño al que su madre llevaba toda la tarde arrastrando de tienda en tienda sin apenas hacerle caso. La mujer miró al niño y a la madre, entonces llevándose el dedo índice a la boca en señal de silencio, le entregó a su nuevo amigo un caramelo. El

Autora: CAM

pequeño sonrió de forma pícaro, repitió el gesto de la anciana sellando así su secreto y se metió el dulce al bolsillo.

La música a todo trapo de una adolescente la trasladó de nuevo al abarrotado vagón. Ya quedaba menos, tan solo tres paradas. Entonces dirigió la mirada hacia la anciana pero ya no estaba. Desesperada la buscó entre la gente y la vio, ya en el andén. Un chico golpeó a la mujer al pasar por su lado y a esta se le cayó el paraguas. El joven no se paró. Entonces, como si no fuese ella la que controlaba los movimientos de su propio cuerpo, se descubrió corriendo hacia la puerta del vagón que ya pitaba, anunciando que estaba a punto de cerrarse.

Bip! Bip! Bip! Saltó. En el último momento saltó fuera de aquel vagón atestado de humanidad. Entonces cogió el paraguas que estaba en el suelo y se lo entregó a la mujer. Por un momento sus manos se tocaron y tuvo que contener las ganas de echarse a llorar. Hacía mucho que nadie la tocaba. Entonces habló. Entonces hablaron por primera vez.

- Muchas gracias, jovencita –dijo la anciana.
- De nada, em.... He visto lo que ha pasado y... bueno... aquí tiene – acertó a decir, cortada por el impulso que la había llevado a bajar del metro.
- ¿Has visto a ese pequeño terremoto? He visto como le mirabas en el vagón. ¿A ti también te gustan los niños?
- Bueno...– empezó a contestar, aunque antes de que pudiese acabar, la anciana la cortó
- ¿Quieres venir a casa a tomar un café? Sé que suena raro, pero he hecho bizcocho y no tengo con quien compartirlo. Y no sé, pareces cansada y estás calada. Podrás entrar en calor. Además así te agradezco la ayuda. Por cierto, me llamo Nadia.
- Encantada, soy Julia.

Autora: CAM

Nunca aceptaba invitaciones de desconocidos pero había algo en aquella mujer que le inspiraba confianza. Así que aceptó y la siguió hasta un pequeño piso de la Barceloneta. Allí, Nadia le explicó que había enviudado hacía quince años. Desde que Manuel pasó a mejor vida, la mujer se había quedado sola, tanto o más que ella. Y es que, pese a las ganas, nunca pudieron tener hijos.

Habían pasado diez días desde ese primer encuentro. Diez días en los que habían ido al mercado juntas, habían salido a comer e incluso se habían asesorado la una a la otra en una loca tarde de compras por el bullicioso centro de la capital catalana. Ahora, allí estaba. Frente al portal, Julia esperaba a que Nadia le abriese la puerta. Era Navidad y, por primera vez en muchos años, estaba ilusionada.

Hacía frío pero la casa de la anciana permanecía caliente gracias a una vieja estufa y al calor que salía de la cocina. Y es que Nadia había preparado un verdadero festín, pese a que tan solo eran dos personas. Tras una enorme comilona, unas copas de más y muchas carcajadas, las dos se sentaron frente a la televisión.

- Tengo un regalo – dijo Nadia de repente.
- Yo también – contestó con una gran sonrisa Julia.

La mujer le entregó un pequeño paquete cuidadosamente envuelto. Al abrirlo Julia no pudo creer lo que veía.

- Es la llave de esta casa. Quiero que vengas siempre que quieras. Incluso en un futuro puedes mudarte aquí si lo deseas. Ya sabes que hay una habitación de sobras.

Entonces, en un instante mágico, las dos lo supieron. Tenían todo lo que necesitaban. Habían logrado huir de la temida soledad. Ellas, las dos, para siempre.